



# figura imprescindible del ballet cubano

Por ROBERTO MÉNDEZ

**E**l pasado 31 de diciembre falleció Alberto Alonso Rayneri en su casa de Gainesville, Florida, donde residía junto a su esposa, la bailarina de carácter Sonia Calero. Como él había dejado dispuesto, su cadáver fue incinerado tras unas sencillas exequias y sus cenizas esparcidas en el mar que une la península floridana y la isla de Cuba. El creador había fijado su residencia en Estados Unidos desde inicios de los años 90 del pasado siglo.

Nacido en La Habana en 1917, era hijo de Laura Rayneri, una dama de grandes inquietudes culturales, que desde los cargos directivos que ocupó en la Sociedad Pro Arte Musical apoyó, desde temprano, los intereses artísticos de sus hijos Alberto y Fernando. Precisamente, esta ins-

titución había abierto en 1931 una Academia de Ballet, en la que se había contratado como profesor al ruso emigrado Nicolás Yavorski. Allí ingresó Alberto en 1933 y aunque la enseñanza tenía un sentido apenas decorativo y el maestro mostraba más amor a la danza clásica que dominio profundo de ella, en muy poco tiempo reveló dotes como intérprete, al participar en montajes como *El Danubio azul*, *El Príncipe Igor* y una muy libre versión de *Coppelia*.

En 1935 fue contratado como bailarín de carácter por el Ballet Ruso de Montecarlo, a su paso por La Habana. Luego se trasladó al Original Ballet Russe, dirigido por el legendario Coronel De Basil. Durante seis años permaneció en el extranjero, donde pudo, en contacto con grandes intérpretes del género, hacer

un aprendizaje más riguroso de sus normas y por otra parte, tomar conocimiento de lo más importante del repertorio tradicional de la danza, así como de los aportes que los ballets rusos, desde los tiempos de Diaghilev, hicieron a la danza mundial.

Cuando retorna a La Habana en 1941, se hace cargo de la dirección de la escuela en Pro Arte, a la que va a transformar de modo muy positivo. Aunque debe admitir en sus salones a un alumnado que paga por recibir clases no destinadas a la formación profesional, se encarga de poner rigor en las lecciones y con el apoyo de un grupo selecto, muy interesado en el género, puede permitirse desarrollar su labor coreográfica inicial y hasta celebrar unos Festivales de Ballet con carácter anual, para los que recibe el apoyo de Ali-

cia y Fernando Alonso, quienes, por entonces, trabajan en Estados Unidos.

En 1943 crea Alberto algunas de sus obras notables: *Concerto*, un ballet “abstracto” basado en la música de un concierto de Vivaldi, recreado por Juan Sebastián Bach; *Forma*, obra muy ambiciosa, apoyada en una partitura de José Ardévol y en un poema de José Lezama Lima y con la participación directa de la Coral de La Habana, dirigida por María Muñoz.

No hay que olvidar tampoco su *Icaro*, que es una libre versión del original del Sergio Lifar, que él cubanizó con el apoyo del joven compositor Harold Gramatges, quien concibió todo un complejo acompañamiento de percusión para el solo masculino.

Sin embargo, el gran escándalo iba a desatarse el 27 de mayo de 1947, con el estreno en el Teatro Auditorium de su ballet *Antes del alba*.

Los elegantes asociados contemplaron con repulsión no disimulada aquel ballet, que lejos de ubicarse en un mundo de hadas, tenía lugar en una casa de vecindad habanera, donde su protagonista Chela –encarnada por Alicia Alonso– abandonada por el hombre que ama, se suicida prendiéndose fuego. La coreografía del Alberto obligaba a los bailarines a salir del envaramiento académico, y moverse con la sensualidad del baile cubano. Era la primera vez que en la Isla el ballet se vinculaba a los más urgentes problemas sociales.

Un año después, la creación del Ballet Alicia Alonso se convertía en el cimiento para el desarrollo de la danza escénica profesional en Cuba; el coreógrafo estaba allí, junto a Alicia y Fernando. Esto no constituiría una atadura para su talento versátil. Sin dejar de crear en la Escuela de Ballet de la Sociedad Pro-Arte Musical, de la que era director, incurrió también en otros medios como el cabaret y la televisión.

Además del lenguaje de la danza académica, aprendió a la perfección

el del baile popular cubano, lo cual marcó, de modo esencial, su quehacer y le valió éxitos como el espectáculo *El solar*, que llegaría a tener una versión cinematográfica bajo el título *Un día en el solar*.

A partir de 1959, sin abandonar su labor en el terreno del teatro musical y los más variados espectáculos, Alberto colaboró con el recién organizado Ballet Nacional de Cuba, donde pudo permitirse experimentar libremente con obras como *Espacio y movimiento* (1966) basado en música de Stravinski; *El güije* (1967), derivado de textos de Nicolás Guillén y Oscar Hurtado y apoyado en música de Juan Blanco, y *Un retablo para Romeo y Julieta* (1969), sobre el drama de Shakespeare, entre otras puestas.

Mas la obra que le ganaría un renombre mundial, sería su personalísima versión de *Carmen*, a partir de la pintoresca novela de Prosper Mérimée y la versión operática de Georges Bizet. Fue Maia Plisetskaja la que propició la creación de la obra. Después de asistir a una presentación de *El solar*, se acercó a Alberto Alonso y le pidió que trabajara con ella en una versión de *Carmen* concebida “de una manera nueva, sin apegarse a la tradición”.

El compositor Rodion Schedrin, esposo de la bailarina, orquestó una suite derivada de la ópera de Bizet, en la que se ponía mucho énfasis en lo dramático. A partir de ella, coreógrafo, músico y danzarina trabajaron juntos en la obra.

Cuando Alberto Alonso escuchó los más de veinte minutos de ovaciones que saludaron el estreno de esta obra, en la noche moscovita, más bien fría, del 20 de abril de 1967 y más aún, cuando pudo observar que aquellos espectadores, habitualmente serios y ponderados, se resistían a abandonar la enorme sala del Bolshoi, una hora después de haberse cerrado el telón, quizá entonces pudo intuir que había creado el ballet que iba a inmortalizarlo.

La obra fue estrenada en Cuba el 1° de agosto de 1967, con Alicia

Alonso y Azari Plisetski en los roles centrales.

La artista cubana se apoderó del personaje y lo paseó por el mundo con un estilo muy personal y diverso del acento que en él ponía la estrella rusa. Los montajes de esta obra se sucedieron con rapidez, el coreógrafo fue invitado desde los más variados puntos del planeta para poner en escena su obra: Sofía, Helsinki, Pécs, Tokio, Milán, Berlín y New York, por sólo citar algunos.

Después de establecerse en Estados Unidos, Alberto continuó su labor con un ánimo nada envejecido: realizó nuevos montajes de *Carmen* para compañías tan diversas como los teatros Colón, de Buenos Aires, el Indianapolis Ballet Theatre y el Sarasota Ballet of Florida.

Además, encontró tiempo para desplazarse hasta Tokio, en el 2000, para montar su obra *Un son para mi son*, sin dejar de impartir clases sistemáticamente en el Santa Fe Community College, en Gainesville, al que pertenecía como “artista residente”.

No sólo fue uno de los pioneros de la danza escénica en Cuba, sino que, junto a su hermano Fernando y su cuñada Alicia, formó la tríada de los iniciadores de la Escuela Cubana de Ballet.

A sus indudables dotes como bailarín y maestro, unió un inquieto talento coreográfico que dejó varios títulos imprescindibles en el repertorio de varias compañías de la Isla. Hombre de cubanía raigal, contribuyó muchísimo a la síntesis de una nueva manera de danzar, donde el vocabulario académico se fundió con una gestualidad y un modo de expresión que venían de lo más profundo del folclore insular.

Simbólicamente, ahora sus cenizas rodean y abrazan la isla que lo vio nacer.

